

840

R 2380

.PG

13



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

---

I.

Acusado Vanini de ateísmo por el Parlamento de Tolosa, tomó de su calabozo un puñado de paja, y dijo:—Esto me basta para probar la existencia de Dios.

Y en efecto; la probó tan bien, que fué quemado vivo en la plaza pública, en calidad de ateo. Verdaderamente merecía esta suerte, pues si no era ateo era filósofo, y á los ojos de ciertas gentes tanto dá una cosa como otra.

Vanini inventó, pues, el modo de probar lo infinitamente grande por lo infinitamente pequeño: permítasenos que en esta ocasion nos sirvamos de su método. Hasta hoy la filosofía ha tratado de probar la ley del progreso por la historia de la humanidad; nosotros esperamos demostrarla por la historia de una aldea. ¡Quiera Dios que no seamos tambien quemados, bajo el pretexto de que conspiramos contra el órden, predicando el progreso!

En el siglo último existía en la desembocadu-

ra del Girona una pequeña aldea, poco ménos que desconocida á una jornada de distancia: era la *última Thule* de la antigua leyenda, la postrera etapa del sol poniente en el horizonte de Francia. El diccionario geográfico podia muy bien mencionar, siquiera para tranquilidad de su conciencia, un puertecillo llamado Royan; pero ¿quién, fuera del diccionario, conocía ese misterio sepultado al pié de los acantilados de la costa? Tal vez, y aún lo dudamos, el marino que penetraba en el rio despues de un viaje á la Martinica. Cuando desde lo alto de la toldilla veía con su anteojo una línea blanca que se mostraba indecisa en el horizonte, decía estas palabras: «Hé allí á Royan;» consignaba religiosamente el hecho en el diario de á bordo, y continuaba su rumbo.

Sin embargo, ese rincon de tierra dá su nombre á la sardina fresca, sin duda porque viene de Bretaña; y este delicioso homónimo, asado en las áscuas, ha extendido la gloria de Royan de una á otra orilla del Garona. ¡Gloria equívoca, pues más de un gascon toma en el día un puerto de mar por un pescado!

Royan, en fin, era una simple aldea, edificad a mitad sobre la roca y mitad sobre la playa, á la que los habitantes llaman la *concha*, sin sospechar que hablan latin. La parte construida en la peña tenia, sobre todo durante el estío, cierto as-

pecto italiano, debido á sus casas, blanqueadas con cal, con las fachadas al mar, y embellecidas con azoteas sombreadas por parras de moscatel ó toldos de enredaderas. En cuanto á la parte edificad a en la playa, apenas merece que nos ocupemos de ella. Dispuesta en forma de herradura, casi al nivel de las olas, era lo que podemos llamar el lado feo del pueblo: aquí un almacén, allí una cloaca, despues una alcantarilla, luego el desagüe de la fuente de Cherve y por último, la salida del canal de Pousseau.

En aquella época Royan poseía tres calles: la primera desde el puerto al mercado, la segunda desde el mercado al camino de Saujon y la tercera desde el mercado al camino de la Tremblade. Ninguna de las tres estaba empedrada, y en la temporada de lluvias se formaban en el piso numerosas charcas, en las cuales evolucionaba alegremente una escuadra de patos.

Algunas veces los vecinos de la calle cubrían los lodazales con haces de sarmientos, merced á lo cual podían transitar, si no á pié enjuto, por lo ménos sin hundirse hasta las rodillas; pero desgraciadamente el mar intervenía en el asunto, y con pretexto de la marea, invadía las calles, arrebatada los sarmientos y convertía los charcos en lagunas.

La arquitectura rivalizaba en sencillez con la

policiá urbana: las casas se componian generalmente de un piso bajo, encima un granero, y sobre todo un tejado con goteras; en la fachada una puerta de medio punto y una ventana estrecha, y por último, en la parte de atrás, un cobertizo formado con tablas viejas de buques, que despues de haber surcado gloriosamente los mares, terminaban su carrera protegiendo el sueño de algun lechon cebado.

La habitacion del piso bajo, cuyo suelo era de arcilla, servia de dormitorio, de cocina, de comedor y de despensa: los vidrios de las ventanas eran entonces un objeto de lujo, y por consecuencia, los habitantes, reducidos á la primitiva vidriera de tela de cáñamo, vivian en la media luz de un eterno crepúsculo.

Aunque habia una ó dos casas más suntuosas, que tenian piso principal, Royan no contaba con un solo monumento digno de figurar en una Guia; ni alcaldía, ni tribunal, ni siquiera campanario, pues en la época de mi infancia el alcalde celebraba los contratos matrimoniales en la cocina, y el juez de paz dirimia las cuestiones en su tienda de comestibles. El calvinismo, por su parte, habia borrado hasta el último vestigio de iglesia, y la poblacion iba á misa á la aldea de Saint-Pierre, á un cuarto de legua de distancia.

Segun la crónica, Royan tenia en otros tiem-

pos un castillo, ó por mejor decir, un torreón, construído sobre el borde del acantilado; pero á fuerza de chocar contra sus fundamentos, el mar habia concluido por destruirle, y el tal torreón no era ya sino una roca más entre las rocas.

Respecto á bellezas arquitectónicas, Royan no ofrecia á la curiosidad del viajero sino una torre, llamada Tour du Chai, pintada con hollin por un lado y con albayalde por otro; un muelle de cien piés de extension, destinado á cerrar un puerto casi siempre seco; un mercado, abierto por los cuatro costados y sostenido por dos órdenes de pilares; un templo, muy parecido á una granja; el castillo de Mons, construído sobre la meseta de Saint-Pierre, y sobre el anfiteatro de colinas que por el Norte abrigaba la poblacion, seis ó siete molinos de viento, coronados por un casquete giratorio para que pudiese buscar la brisa en todos los puntos del horizonte.

Estos enormes espectros representaban, por decirlo así, el espíritu de la comarca; dominados, ora por la apatía del cansancio, ora por la fiebre del movimiento, personificaban la doble vida del marino, á la vez indolente y agitada.

Y sin embargo, Royan tenia su página en la historia, pues habia sostenido un sitio en tiempo del calvinismo. El baron de Saint-Seurin lo habia fortificado mediante el impuesto de una pistola

por tonelada á cada buque, y Luis XIII fué á situarle á la cabeza de un ejército, capitulando la plaza despues de una semana de trinchera abierta. El único hecho notable de tal sitio fué que el ingeniero Pompeyo Targone colocó una pieza de artillería en un molino.

Desde aquel dia Royan volvió á la oscuridad. Fenelon fué allí á predicar, y la poblacion emigró á Holanda. «Cerrad el rio,» escribia el prelado al marqués de Seignelay. Pero si aconsejaba la persecucion al brazo secular, reclamaba para el clero el monopolio de la mansedumbre.

A pesar de la revocacion del edicto de Nantes, la poblacion conservó en el fondo de su conciencia el culto proscrito, y en el interior del hogar leia la Biblia, esperando durante todo el siglo XVIII que llegase el dia de la justicia. El pastor Jarousseau habia plantado su tienda á una lengua de Royan, y mantenía cuidadosamente en toda la provincia lo que llamaba el espíritu de Israel.

## II.

Quando la revolucion modificó el mapa político de Francia, Royan fué elevado á la catego-

ría de cabeza de partido, dotándole por consecuencia de un juez de paz, una oficina de recaudacion de impuestos, una administracion de correos, registro civil y dos notarías, sin ocupacion la primera y nominal la segunda.

Como, en rigor, Royan podia ser considerado puerto de mar, la generosidad del Estado le concedió asimismo un comisario de marina, un gendarme de mar, el primero y por mucho tiempo el único del canton, una compañía de aduaneros, y por fin, la aduana entera, bajo su forma activa y pasiva, con uniforme verde y botones de estaño. El consulado añadió más tarde á todo esto un cura y un pastor, que se atacaban mutuamente desde el púlpito. La consecuencia natural de un cura es un sacristan, y Gargani tenia este empleo, desempeñando tambien las funciones de guarda de campo.

Nacido bajo una col, como dicen en el país, es decir, sin padres conocidos, habia recibido del cielo una maravillosa disposicion para la estupidez, sin embargo de lo cual tenia ciertas pretensiones de talento y decia con frecuencia: «Belloni es más estúpido que yo.» Belloni tenia reputacion de idiota; una mala lengua le hizo saber las palabras de su rival, y Belloni le citó ante el juez de paz. «Echad pajas,» dijo el juez para resolver la cuestion: la más chica tocó á Gargani, y desde

aquel día inclinó la cabeza ante su vencedor. Hé aquí la clase oficial de Royan.

La clase administrativa debía tardar más tiempo en conquistar su plaza. El comercio estaba reducido á la venta al pormenor, y el mismo tendero vendía á la vez comestibles, cacharros, zuecos, cordelería y otros artículos, confundidos todos, por razón de economía, en un solo mostrador. El mundo ha empezado por el comunismo; pero la ley del progreso le lleva á la división.

Una especie de prestamista disfrazado de banquero hacia el comercio en grande escala, habiéndose encargado del transporte del material de guerra desde Rochefort á Royan. Este transporte necesitaba una carreta, y una carreta necesita un carretero: el carretero se llamaba Larose.

A tal comercio, tal industria: Royan cultivaba solamente aquellos oficios que son en cierto modo los primeros elementos de la civilización: la albañilería, la herrería, la panadería, y aun el panadero holgaba una parte de la semana, pues las familias acomodadas tenían horno y hacían el pan en casa.

Un sastre cojo reunía á su oficio el cargo de carcelero; un sargento de artillería retirado había tomado patente de armero, y en fin, un carpintero de ribera construía en el patio de su casa tan pronto una chalupa como una gabarra. Cuando

había dado á su obra la última mano, ponía un ramo en la popa y elegía para padrino á algun marinero del puerto; el padrino llenaba un vaso de vino, y estrellándole en el costado de la chalupa, la bautizaba con el nombre de alguna jóven, Magdalena ó Susana; colocaban luego la embarcación sobre rodillos de haya, un par de bueyes la arrastraba por la playa hasta la orilla del mar, donde quedaba inclinada sobre un costado y la marea se encargaba de ponerla á flote.

Royan desconocía en aquella época toda industria de segundo grado. Cuando un habitante tenía necesidad de un cuchillo, iba á comprarlo á la feria de Saujon; si por casualidad su reloj olvidaba la hora, lo llevaba al relojero de la Tremblade; el salchichero esperaba pacientemente que llegase su día, porque en cada casa se criaba un cerdito, y la pastelería flotaba aún en las sombras de lo futuro, pues los golosos confeccionaban por sí mismos una pasta que se freía en la sarten, y á que se daba vanidosamente el nombre de *maravilla*.

La posada de la Cruz Blanca podía llevar el nombre de hotel; pero no era más que un meson, el más célebre de la comarca, puesto que tenía la honra de albergar la cuerda de forzados cuando se los conducía al presidio de Rochefort. También tenía Royan un café, si puede llamarse así á una

especie de bodegon, donde habia una mesa de billar de ocho troneras con bolsas de red, y cuyo dueño vendia solamente aguardiente y vino, pues la cerveza era allí casi desconocida, y ningun royanés podia beberla sin hacer gestos.

Una vieja que iba de puerta en puerta cargada con un manojo de yerbas, representaba la única farmacia del lugar, en concurrencia con Sor Emilia y Sor Victoria, dos religiosas olvidadas por la revolucion en su pequeño convento y condenadas á vivir de su industria. Obligadas por la necesidad á no guardar clausura, habian comprado un jaco, que montaban por turno para recorrer la comarca; comian donde las invitaban, cantaban á los postres para pagar su escote, dormian donde habian comido, y debemos decirlo en elogio de su tolerancia, lo mismo se conducian bajo el techo del calvinista que en el hogar del católico.

Confeccionaban un unguento de su invencion que vendian de casa en casa, y el resto de su tiempo lo dedicaban á la educacion de un papagallo, pariente de Vert-Vert por su talento musical, pues cantaba de una tirada: *Cuando bebo clarete, todo dá vueltas*, etc. Desgraciadamente Sor Emilia y Sor Victoria tenian un jardinero sordo y mudo, lo que era una ventaja, porque podian contar con su discrecion; pero que tenia unos terribles celos del pobre pájaro: un dia lo sorprendió

escarbando en el jardin, y arrebatado por la cólera, le retorció el pescuezo. Desde aquel momento el infortunado tenor, afligido por una enfermedad de la garganta, no pudo entonar toda la cancion, pues al llegar á la mitad del primer verso las fuerzas le faltaban y la voz espiraba en su encorvado pico.

### III.

El doctor Brochot representaba en Royan la medicina legal; pero tenia demasiado talento para merecer la confianza de la poblacion. Dos oficiales de sanidad componian el cuerpo médico; pero ninguno habia podido reunir una clientela bastante numerosa para sostenerse, y solo el cirujano Babinot continuaba vagando en busca de un enfermo.

No consistia esto en que las enfermedades faltasen en el país; pero los pacientes preferian consultar á un ilustre curandero, llamado el Gran Santiago, personaje misterioso que pasaba por hechicero, porque hablaba solo y parecia dar al viento alguna fórmula cabalística.

El Gran Santiago decia además la buena ventura y era chalan, encubridor y usurero. Como la

policía intervenía á veces en sus operaciones médicas y quirúrgicas, daba sus consultas en el bosque, y las solteras, lo mismo que las casadas, tenían que pasar por esta clínica misteriosa á la sombra del follaje. La maledicencia pública decía que si se curaban de un entuerto era para volver con otro.

El adversario más terrible de la medicina legal era Metereau. Metereau llegaba á Royan en la misma época que las golondrinas, en un cabriolé descubierto, arrastrado por cuatro caballos y acompañado de un trompeta y un timbalero. Situábase en la plaza, magníficamente vestido de general prusiano, al lado de una jóven, morena como una gitana, adornada con una diadema de papel de plata y vestida con un traje de muselina amarilla, y con el título de reina de Saba presentábala á los espectadores, que devoraban con la mirada á aquella majestad de pacoñilla escapada de un clan de Bohemia.

Al primer trompetazo que anunciaba la llegada de Metereau, todos los enfermos del lugar rodeaban su cabriolé. Metereau, con estrambótico estilo, les refería su última ascension al Líbano, donde había encontrado el hisopo celeste, destinado providencialmente á curar una enfermedad cualquiera; les mostraba la celestial esencia encerrada en un frasco rodeado de papel de color, y en

tanto, la reina de Saba distribuía frasquitos á quien los pedía, tomando el dinero con una mano deslumbrante de pedrería, y acompañando cada moneda con un movimiento lleno de amabilidad y una sonrisa de princesa.

Después de despachar una buena cantidad de frascos, Metereau procedía á la extracción de muestras, arrancándolas con la punta de una espada, y tan diestramente, que los enfermos esperaban su vuelta un año entero, más bien que confiar su destino á otro operador cualquiera. La verdad es que Metereau tenía una mano tan ligera, que algunas veces arrancaba media mandíbula sin que el paciente exhalase un gemido.

No obstante, había en Royan un sábio, y era mi vecino Broutet, botánico por gusto y geólogo por casualidad. Poseía una biblioteca que solo ocupaba una tabla de su armario, y no solamente herborizaba, sino que tocaba magistralmente el violon, prefiriendo en el fondo el título de artista al de sábio. Llevaba al último grado el orgullo de su talento musical, y solía decir con frecuencia que había errado la vocacion.

Tal era, en la época de la Restauracion, la sociedad oficial, mercantil é industrial de Royan, no olvidando, sin embargo, al capitán Boisseau, armador retirado. Este señor había ganado un millon haciendo el comercio con Santo Domingo;

pero desde el principio del siglo empleaba su fortuna en hacer girar sus pulgares uno en torno de otro, tendido en un sofá, con las manos cruzadas sobre el pecho y las piernas separadas.

Cuando se vió á punto de morir, á los ochenta años cumplidos, calculó que el Código civil autoriza la herencia hasta el duodécimo grado, y como no tenia hijos, recogió á derecha é izquierda una tribu de parientes, primos más ó menos lejanos, unidos á su árbol genealógico por una rama cualquiera, y á cada uno de ellos le dejó en su testamento una parte de herencia.

Despues del venerable Boisseau debemos mencionar al capitán del puerto, antiguo corsario encanecido en los pontones, á quien llamaban el capitán Buen Tiempo, á causa de que todos los dias enviaba á *El Indicador de Burdeos* una noticia meteorológica que reproducia infaliblemente esta fórmula: «Buen tiempo; mar bella;» así se tratase de la más fuerte marejada ó del huracán más espantoso. Cuando se le reprochaba este optimismo incorregible, contestaba siempre: «¡Bah! ¿es preciso no desanimar á los navegantes!»

Por aquel tiempo vivia tambien en Royan otro corsario retirado, llamado el capitán Samuel, á quien se indicaba como hombre peligroso, es decir, como bonapartista. Era aficionado á las flores, sobre todo á las de los trópicos, y él fué,

por consecuencia, quien construyó el primer invernadero del país, novedad que produjo cierta sensacion, pareciendo á unos manía y á otros vanidad. Si al ménos el capitán hubiera enviado de cuando en cuando un ramillete á alguna jóven..... Pero, lejos de eso, parecia haber hecho profesion de misantropía, y lo que es peor, de celibato, lo cual indujo á creer que tenia alguna mala accion sobre la conciencia. Solo mi vecino Broutet tomaba la defensa del capitán contra la murmuracion pública, pues para aquel pobre hombre el que amaba las flores debia necesariamente practicar todas las virtudes. Despues de todo, el capitán Samuel tiene demasiada importancia en esta crónica para que solamente de paso nos ocupemos de él: más adelante relataré su biografía.

Esta aristocracia de aldea llevaba un traje sencillísimo: el propietario acomodado vestia un sombrero de hule y ésa chaqueta larga que quiere acercarse al gaban; pero el domingo se encajaba una levita ó un redingote que le llegaba á los talones. El frac era una prenda desconocida: solo el juez de paz lo poseía, poniéndoselo una vez al año para hacer su visita al prefecto durante el consejo de revision.

La señora del propietario demostraba más pretensiones de elegancia, pero como la moda tardaba diez años, reloj en mano, para llegar á Royan

desde París, la elegante del pueblo lucía bajo la Restauracion los trages del imperio. Ninguna, sin embargo, habia llevado su ambicion hasta el sombrero: la papalina representaba el último extremo de coquetería de una royanesa de buen tono.

#### IV.

Durante el invierno, las cinco ó seis familias de la clase acomodada de Royan se concertaban para dar por turno una *soirée*. A primera hora de la noche, cuando solo la fragua del herrero protestaba contra el silencio y la oscuridad, las personas invitadas encendian sus linternas, se calzaban un par de zuecos, é iban á la *soirée*, como á una conspiracion, deslizándose á lo largo de las tapias.

Una vez en el lugar de la cita, cada cual apagaba su linterna, dejaba los zuecos en la antesala y entraba en una gran estancia, caldeada con leña de pino, cuya flamante llama lanzaba á cada momento una detonacion. Allí se reunia la tertulia, y en cuanto habia tres ó cuatro personas se establecian alrededor de un quinqué con pantalla

de papel y empezaban una partida de *lucette* ó galillo.

El *lucette* es una modificacion del whist, que se juega con cartas distintas de las comunes en color y figuras, llamadas el ancla, la vaca, el roble y el doble roble. A las nueve terminaba el juego, cada cual encendia su farol, calzaba sus zuecos, se metia en su casa, y Royan dormia completamente y en una paz profunda hasta el dia siguiente.

La clase obrera repetia, en un diapason más bajo, la monótona existencia de la aristocracia; pero permanecia fiel en sus vestidos y en su lenguaje á las antiguas tradiciones. Las mujeres llevaban todavia la desmesurada cófia de linon, pirámide invertida, cuyas largas barbas flotaban al viento como las velas de un buque; pero en su casa dejaban este adorno colosal para tomar el hereditario capuchon de Saintonge, llamado cogulla por los romanos, que lo adoptaron para sus citas de amor. Desde entonces la cogulla ha prestado siempre su auxilio á la juventud.

Cuando la hija de un pescador tenia en el pecho alguna pasion, iba á pasearse al anochecer por los senderos solitarios á lo largo de los zarzales, con su capuchon caido sobre el rostro, y con frecuencia el paseante que se retiraba algo tarde encontraba á un jóven marinero acompañando á

un fantasma velado, y hablándole con frases entrecortadas, que solo la brisa oía. Y sin embargo, digámoslo en honor de las antiguas costumbres, jamás la cogulla ha tenido que arrepentirse de su tolerancia; aunque las currucas ocultas en los zarzales hubiesen podido hablar, nada habrían oído ni podrían decir que el novelista más casto no pudiera reproducir en sus novelas.

La clase proletaria de Royan tenía también su *soirée*; pero por respeto al antiguo lenguaje la llamaba simplemente una velada.

Hé aquí cómo pasaba la velada: se iba á casa del vecino, tan pronto á la del uno como á la del otro, para desgranar maíz; los concurrentes se sentaban en redondo, y en tanto que las mazorcas, vigorosamente frotadas una contra otra, dejaban escapar oleadas de granos color de ámbar, el marinero más viejo refería la última campaña del bailío de Suffren en el mar de las Indias ó la sublime tragedia del navío *Vengador*. Cuando el polvillo de las mazorcas formaba en la atmósfera una nube demasiado espesa, el anfitrión obsequiaba á los trabajadores con una taza de sidra, y decimos taza, porque el vaso figuraba solamente en las mesas de la clase acomodada.

La población de Royan vivía, como se ve, en un completo desconocimiento del progreso, y aun creo que ni siquiera sabía á qué forma de gobier-

no tenía el honor de pagar la contribución. No ignoraba que Napoleón había reinado, porque el conquistador nómada, conducido de victoria en victoria hasta Moscow, y traído de derrota en derrota hasta Rochefort, había dejado sobre la vecina costa la huella de su último paso en Europa. El imperio había venido á morir á pocas leguas de Royan; se había hundido en las olas, como el astro de la guerra, y desde lo alto del acantilado habían visto nuestros padres desvanecerse en el crepúsculo sus últimos rayos de púrpura.

Pero desde la caída de Napoleón el marino de nuestras costas no tenía una idea clara del gobierno de los Borbones. ¿Era absoluto? ¿Era constitucional? Poco le importaba. Una sola vez al año, el 25 de Agosto, tomaba parte en la vida política del país. Ese día, el guarda de campo recogía de cada casa un manojo de sarmientos para la monarquía, y luego apilaba el resultado de la suscripción alrededor de un mástil coronado por un barril de alquitran.

Al ponerse el sol, el alcalde, con la cabeza descubierta y el tizon en la mano, seguido de la compañía de aduaneros y á tambor batiente, iba á encender solemnemente el fuego del regocijo, y tan pronto como la llama empezaba á subir, devorando el pino y los sarmientos, lanzaba con todas sus fuerzas el grito de ¡viva el Rey! El pueblo

contestaba maquinalmente ¡viva el Rey! pero sin tomarse el más pequeño interés, y aquel entusiasmo de una hora se resolvía en humo como la hoguera de la alegría.

Sin embargo, la vida política empezaba á penetrar en aquella aristocracia medio rústica, medio civilizada, apenas levantada de la gleba por la revolución, y que por una involuntaria simetría del hombre con su estado, llevaba la chaqueta á medio cuerpo, es decir, bastante larga para ocultar al plebeyo.

Los notables del pueblo, el capitán Boisseau, el capitán Buen Tiempo, el notario, el encargado del registro civil, el tendero y el escribano, habían constituido una sociedad en comandita con los principales propietarios de Vaux, de Breuillet, de Courlay y de Chantemerle, para tomar á escote.... ¿me atreveré á decirlo?... una suscripción á *La Minerva*.

*La Minerva* contenía generalmente un logogrifo y un artículo de Benjamin Constant: el lector en comandita de Royan hacía caso omiso del artículo y leía el logogrifo, con lo cual creía perfeccionar de una manera suficiente su educación política.

Pero el hombre del pueblo, tan extraño á la prosa como á la poesía de *La Minerva*, trabajaba, navegaba, pescaba, carenaba su barca, componía

sus redes, cantaba, silbaba y entraba en quintas sin pensar un solo momento que vivía en esa atmósfera particular de la sociedad que se llama la historia. Sabía vagamente que Francia había realizado el año 89 una revolución y abolido la nobleza, y se atenia principalmente á este último artículo.

## V.

La Convención había enviado al representante del pueblo Isabeau para cerrar á los ingleses la entrada del Gironda, é Isabeau hizo construir en Royan un fuerte admirablemente concebido, dotado de lunas y medias lunas, de fosos, de cañones, morteros, bombas y obuses. Una fragata inglesa tomó el fuerte en 1815, tirando un solo cañonazo, y el vencedor arrojó la artillería al mar, demolió las casernas, cegó los fosos y se llevó los proyectiles.

El fuerte, completamente arruinado, continuó, sin embargo, teniendo una excelencia legal bajo la Restauración, y aún poseía dos viejos cañones caídos de sus afustes, clavados, y agonizantes en medio de las hortigas. Toda su guarnición